

# El Secreto de G.K. Chesterton

## La Misericordia en la vida y obra de Gilbert Keith Chesterton

*Ignacio María Rubio Hípola, L.C.*

*Estudioso de Chesterton y de filosofía.*

**E**s necesario redescubrir el valor de este gran personaje como escritor y como hombre. Pero sobre todo hoy, quizá más que en su tiempo, es necesario dejarnos penetrar por su pensamiento. Leer a Chesterton es un lujo del que nadie debería privarse. Sólo una advertencia: no es fácil. Nos va a hacer reflexionar, nos va a sacar de esquemas. Pero lo hará para asombrarnos con la satisfacción de una revelación intelectual<sup>1</sup>.

Estamos ante una de las figuras más grandes del pensamiento y la literatura de todos los tiempos. Grande en todos los sentidos: por lo elevado y profundo de su pensamiento y por su penetración en el espíritu humano; y grande (¡enorme!) por la cantidad e inmensa extensión temática abordada en su obra. Además, si nos salimos del lenguaje figurado, estamos hablando de un hombre que era tremendamente gordo y alto<sup>2</sup>. Hablamos de un hombre asombroso, que tomó la admiración y la sorpresa como sistema, haciéndola su aire, su forma de pensar y expresarse. Y así nos lo transmite todo: sus paradojas no son – o no sólo – un instrumento literario o intelectual. Es su misma forma de pensar y de ver el mundo, la forma en que él contempla y comprende las verdades más profundas. También las eternas. Por ejemplo, la Encarnación es para Chesterton la mayor paradoja, la mayor sorpresa que Dios nos ha dado desde la Creación. Si la genialidad debe de algún modo volver a combinarse con la ortodoxia, Chesterton es un mo-

---

<sup>1</sup> I.M. RUBIO, *Chesterton, ideas claras. Pensamientos de un sabio cristiano*, Credo Ediciones, Saarbrücken 2013, 2.

<sup>2</sup> F.J. Sheed, escritor y editor, cuenta esta anécdota sobre el tamaño corporal de nuestro protagonista: «Chesterton era un hombre físicamente inmenso, pesaba un quintal largo, pongamos unos ciento treinta y cinco kilos. Durante la guerra una señora muy patriótica le acusó de cobardía: “¿Por qué no está usted en el frente?” A lo que Chesterton respondió: “Señora, si diera usted la vuelta por detrás, vería que sí estoy allí”» (F.J., SHEED, *The Church and I*, Londres, 1976, 33. Citado en la biografía de Chesterton de Joseph Pierce).

delo de esta armonía. Leer sus obras y pensar con él es un ejercicio de higiene mental. Una auténtica gozada. Los que se priven de este privilegio, no saben lo que hacen. En el pecado está la penitencia: ellos se lo pierden.

En este pequeño escrito queremos analizar un aspecto muy concreto de su pensamiento, en su vida y en su obra: la misericordia<sup>3</sup>.

Podemos afirmar sin reparos que el mismo Chesterton consideraba la misericordia como fundamental en su obra y forma de pensar: sus escritos y su vida entera están “empapados” de ella. Nada hay que nos marque tanto como las experiencias profundas de nuestra propia vida: modelan nuestro pensar, nuestra forma de ver el mundo y relacionarnos con las situaciones y personas. Esto queda de manifiesto en su *Autobiografía*<sup>4</sup>, en la que Chesterton mismo nos da muchas claves de lectura e interpretación de su actividad literaria, a partir de sus vivencias. Este genio de las letras inglesas nos relata cómo vivió una infancia inocente y feliz, animada por un profundo aprecio por la realidad, una admiración especial, un gran asombro por la vida y las maravillas de la creación. Por este motivo, el contraste es mayor cuando nos acercamos al momento clave de su juventud. Sufrió en ese tiempo los accesos del horror, el absurdo, la incredulidad y la desesperación de una época marcada por ideologías y espiritualismo... Él mismo lo describe así en el relato de su vida:

Trataré aquí de la parte más oscura y difícil del libro, una juventud repleta de dudas, morbidez y tentaciones, que me dejó para siempre la certeza de la objetiva solidez del pecado, aunque en mi caso la certeza fuera sobre todo subjetiva [...] cuando dicen “el mal es sólo relativo”; “el pecado es sólo negativo”; “no existe la maldad positiva, es únicamente la ausencia de bondad positiva”, entonces sé que dicen tonterías superficiales porque son mucho mejores personas que yo, más inocentes y más normales, y están más cerca de Dios<sup>5</sup>.

Las experiencias del mal, del pecado y de la propia debilidad llevada a un extremo difícil de imaginar, conforman en la persona un fuerte sentido

---

<sup>3</sup> El título de este artículo quiere ser un juego de palabras, haciéndose eco de la famosa serie de historias del P. Brown que lleva este nombre. Dicho esto, quede claro que la importancia capital de la misericordia en su vida y obra, será el tema presentado y defendido en estos párrafos.

<sup>4</sup> Voy a tomar varios pasajes de esta maravillosa obra de nuestro autor, siguiendo la traducción española de Olivia de Miguel: G.K. CHESTERTON, *Autobiografía*, Acanalado, Barcelona 2003.

<sup>5</sup> G.K. CHESTERTON, *Autobiografía*, 88.

de “miseria”. Miseria espiritual, que sólo de lejos es comparable a la miseria material. Las fronteras existenciales del espíritu nos presentan un oscuro panorama del cual no somos capaces de salir por nuestras propias fuerzas. La sociedad inglesa de finales de siglo XIX, y lo que podríamos llamar la “exaltación del decadentismo”, no fueron precisamente una ayuda para el joven Chesterton. Él mismo confiesa unas páginas más adelante en su biografía: «mi estado de anarquía interna era tal que podía suscribir las palabras de Wilde<sup>6</sup>: “Atys con el puñal manchado de sangre era mejor que el objeto que yo soy”<sup>7</sup>». El espiritismo y un cierto satanismo se pusieron de moda por este tiempo, y el mismo Chesterton se vio afectado por esta moda. Al principio sin comprender muy bien de qué iba el asunto... pero después,

[...] descendí lo suficiente como para descubrir al demonio e incluso, de una forma oscura, para reconocer al demonio. Nunca, por lo menos, ni siquiera en esta primera etapa confusa y escéptica, me abandoné totalmente a las ideas del momento sobre la relatividad del mal o la irrealidad del pecado. Tal vez cuando, por fin, me manifesté como una especie de teórico y me describieron como un “optimista”, fuera porque era uno de los pocos que, en aquel mundo de satanismo, creía realmente en los demonios<sup>8</sup>.

Dentro de este cuadro de oscuridad y pecado hace la primera alusión al sacramento de la penitencia, que después defenderá a capa y espada: «Por aquel entonces, nunca había oído hablar de la confesión en serio, pero eso es precisamente lo que se necesita en estos casos<sup>9</sup>». Muchos años después, cuando le preguntaron por los motivos de su conversión al catolicismo, su respuesta hacía referencia directa al sacramento del perdón:

Quando la gente me pregunta: “¿Por qué abrazó usted la Iglesia de Roma?”, la respuesta fundamental, aunque en cierto modo elíptica, es: “Para librarme de mis pecados”, pues no hay otra organización religiosa que *realmente* admita librar a la gente de sus pecados; [...] Pues bien, cuan-

---

<sup>6</sup> Oscar Wilde puede ser considerado una de las figuras más representativas de este decadentismo del que hablamos. Su influencia literaria y social fue de hondo calado. Aunque – y es un dato muy desconocido - acabó convirtiéndose también al catolicismo.

<sup>7</sup> Citado en la ponencia de J. PIERCE, «Chesterton, el hombre que descubrió Inglaterra», 47-60, en *Chesterton de pie*, Ediciones CEU San Pablo, Madrid 2013. Pierce anota que Chesterton cita con cierta imprecisión el poema de Wilde.

<sup>8</sup> G.K. CHESTERTON, *Autobiografía*, 103.

<sup>9</sup> G.K. CHESTERTON, *Autobiografía*, 103.

do un católico se confiesa, vuelve realmente a entrar de nuevo en ese amanecer de su propio principio [...] Él cree que en ese oscuro rincón y en ese breve ritual, Dios ha vuelto a crearle a su propia imagen<sup>10</sup>.

Una vez más, resalta con fuerza la importancia que tiene para él la experiencia del propio pecado, y el deseo de redención *real*. Para él, el sacramento del perdón significa el volver desde el estado de oscuridad al que conduce el pecado y la maldad, a aquel estado de nueva infancia feliz, ese «amanecer de su propio principio». Es vivir en carne propia la mano del Dios misericordioso que te restaura y “te hace nuevo”. Una “nueva creación”. Tan sólo unas líneas más adelante confirma lo que hasta ahora habíamos propuesto: la importancia de esta experiencia del perdón del pecado, de la misericordia divina, en su propia vida.

Dada la naturaleza de esta tarea (contar la historia de mi vida), me preocupa especialmente el tener la sensación de que estas doctrinas aglutinan toda mi vida desde el principio como ninguna otra doctrina podría hacerlo; y sobre todo solucionan simultáneamente mis dos problemas: el de mi felicidad infantil y el de mis cavilaciones juveniles. Han influido en una idea que, espero que no resulte pomposo decirlo, es la idea principal de mi vida [...]. Es la idea de aceptar las cosas con gratitud y no como algo debido<sup>11</sup>.

Al conocimiento de la propia debilidad y de la fuerza redentora de Dios, sigue esta actitud de agradecimiento por el don. Es para Chesterton como un volver a esa natural visión de admiración por todo que vivió en su niñez: admirarse por la salida del sol, por un paseo por el campo, por un trozo de tiza... El asombro agradecido del que lo ha recibido todo sin merecerlo, como un regalo<sup>12</sup>.

Es la convicción de que la misericordia divina se manifiesta en cada momento, en las cosas más banales y en las más importantes. De aquí nace su conocido optimismo. Fue la puerta de salida de su particular noche oscura:

A decir verdad, la historia de lo que se ha llamado mi “optimismo” fue bastante extraña. Cuando ya llevaba cierto tiempo sumido en las profundidades del pesimismo contemporáneo, sentí en mi interior un gran impul-

<sup>10</sup> G.K. CHESTERTON, *Autobiografía*, 376. La cursiva se encuentra así en el texto.

<sup>11</sup> G.K. CHESTERTON, *Autobiografía*, 377.

<sup>12</sup> Cfr. G.K. CHESTERTON, *Correr tras el propio sombrero y otros ensayos*, Acantillado, Barcelona 2005. Una colección de ensayos selectos – también muy recomendable – en la que esta temática se repite con frecuencia.

so de rebeldía: desalojar aquel íncubo o librarme de aquella pesadilla. Pero como aún intentaba resolver las cosas yo solo, con poca ayuda de la filosofía y ninguna de la religión, me inventé una teoría mística rudimentaria y provisional. Se podría resumir en que la mera existencia, reducida a sus límites más primarios, era lo bastante extraordinaria como para ser emocionante. Cualquier cosa era magnífica comparada con la nada y aunque la luz del día fuera un sueño, era una ensoñación, no una pesadilla<sup>13</sup>.

Agarrado a esta tabla de salvación del optimismo y la gratitud por la existencia, con la que Dios quiso mantenerle a flote, acabó encontrando con un asombro aún mayor la gran embarcación de la Iglesia Católica Romana. Y se subió a ella con entusiasmo. En ella encontró respuestas a muchos anhelos e intuiciones que mantuvo a lo largo de toda su vida. Entre ellas, una vez más, la del misterio del pecado y de la misericordia: «Me sorprendía mi propia sorpresa: que la Iglesia Católica supiera más que yo acerca del bien resultaba fácil de creer, pero que supiera más del mal parecía increíble»<sup>14</sup>.

En paralelo a su *Autobiografía*, si nos imbuimos en su obra (como hemos dicho ya, algo altamente recomendable!) nos llevaremos una grata sorpresa al descubrir esta impronta de la misericordia en sus famosas novelas de detectives: los relatos del P. Brown. El “secreto” del P. Brown — probablemente uno de los títulos que reúne la mejor selección de sus aventuras— es precisamente el de Chesterton mismo. La conciencia de su propia miseria, la viva experiencia de haber sido perdonado y de ser amado por un Dios bueno, y la profunda visión de la realidad que esta experiencia le da, le hace capaz de observar y comprender tantas cosas que los hombres comunes ni siquiera pueden ver. Las profundidades del corazón humano no son extrañas a la mirada de este sacerdote regordete e “inofensivo”. Y esto no es una cuestión de astucia: incluso cuando, como el P. Brown, tenemos la humildad necesaria y la capacidad de comprensión para ponernos en los zapatos del criminal y del pecador, para ver el crimen con sus ojos, es necesario un paso más. El de la misericordia. Lo explica maravillosamente en el prefacio del libro mencionado, en uno de esos pasajes que nos deja sin aliento, o que como mínimo nos acelera el pulso, cuando en su conversación con el periodista americano hace esta confesión sorprendente: «Mire usted, fui yo quien mató a todas esas personas». Afirma esto queriendo explicar su método y su secreto, que no es para nada convencional ni científifi-

---

<sup>13</sup> G.K. CHESTERTON, *Autobiografía*, 103 – 104.

<sup>14</sup> G.K. CHESTERTON, *Autobiografía*, 375.

co. Un detective profesional, o un criminólogo, examinan al delincuente desde fuera, como si fuera un enorme insecto por analizar. Para el P. Brown el proceso es el contrario. Él intenta ponerse en el lugar del criminal, pues sabe que él mismo es débil y pecador. Así como el criminal es una persona, digna de ser amada y salvada. Sigue la máxima, expresada en tantos de sus relatos, «tú piensas que este crimen es horrible porque tú no lo cometerías. Yo veo que es horrible, porque sé que podría haberlo cometido»<sup>15</sup>.

Hay muchos pasajes con imágenes fuertes de la misericordia en las distintas aventuras del P. Brown. Una de ellas concluye con una escena casi estrambótica, de las que le sacan al lector una sonrisa de regocijo. Es la que narra en el capítulo de “Las pisadas misteriosas”<sup>16</sup>, en el volumen de “La inocencia del P. Brown”. En este episodio, después de interceptar al criminal —el famoso Flambeau— y a riesgo de su vida, lo confronta con el robo que acaba de realizar. El ladrón es tocado por la misericordia y deja la cibertería de plata que ha robado a los pies del confesor..., al cual encuentran los dueños que están buscando al ladrón desaparecido. Cuando echan en cara al P. Brown el haberle “dejado escapar”, burlándose del supuesto arrepentimiento del ladrón, el sacerdote responde con gran tino:

— Es extraño, ¿verdad? —dijo el P. Brown—. ¿No es muy raro que un vagabundo aventurero se arrepienta, cuando tantos que viven entre la seguridad y las riquezas continúan su vida frívola, estéril para Dios y para los hombres? Pero aquí, si me permite, le advierto que usted invade mi provincia [...]. Él me hizo pescador de hombres.

¿Ha ocultado usted a ese hombre? —preguntó el coronel frunciendo el ceño.

El padre Brown le miró directamente a la cara:

—Sí —contestó—. Yo le he pescado con un anzuelo que nadie ve y con un hilo invisible, que es lo bastante largo para permitirle irse hasta el fin del mundo, y sin que por eso se suelte<sup>17</sup>.

---

<sup>15</sup> *The Secret of Father Brown*, se encuentra entre las obras completas publicadas por la *Ignatius Press*, en el volumen 13. En español hay varias traducciones de las editoriales Encuentro, Valdemar y en las Obras Completas – vol.2 – de Plaza y Janés.

<sup>16</sup> G.K. CHESTERTON, *The Innocence of Father Brown*, Penguin Books, Middlesex 1950. El título del capítulo original en inglés es “*The Queer Feet*”. La traducción al español es mía.

<sup>17</sup> G.K. CHESTERTON, *The Innocence of Father Brown*, 70.

Es una constante en la actitud del pequeño cura detective: salvar al criminal de su pecado, y llevar a la conciencia del propio pecado a los que se creen justos. Pues no hay nada peor para el hombre, débil por su naturaleza caída, que el pensar que no necesita ayuda y perdón. El orgullo puede llevar a cometer el peor de los crímenes. Sólo la misericordia abre al hombre a la redención y la superación de su propia debilidad. Un ejemplo más claro de esto lo ofrece un capítulo posterior, en el que un sacerdote “ejemplar y fervoroso”, pero profundamente orgulloso y duro de juicio, comete el crimen de asesinar a su hermano, un militar disoluto y escandaloso. Desde lo alto de su iglesia, y tomando el papel de “ministro de la justicia divina”, en un arrebatado de ira le lanza un martillo que deja a su hermano tendido sin vida frente a la iglesia. Nadie en el pueblo habría dudado jamás del sacerdote pío y fervoroso. Pero el P. Brown no tarda en descubrir la raíz del mal en el corazón del clérigo. Y llevando a su colega a la torre de la iglesia, el lugar del crimen, le hace ver que sabe qué es lo que ha hecho:

Wilfrid Bohun pasó una pierna por encima del parapeto, y el padre Brown le saltó en seguida al cuello para detenerle.

—No por esa puerta—le dijo con mucha dulzura—. Esa puerta conduce al infierno.

Bohun, tambaleándose, retrocedió hacia el muro y miró al padre Brown con espanto.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —gritó—. ¿Es usted un diablo?

— Soy un hombre —contestó gravemente el padre Brown—, y por eso todos los diablos residen en mi corazón [...] He dicho que sé todo esto, pero nadie más tiene porqué saberlo. El próximo paso es para usted; yo no debo dar más pasos: yo sello esto con el sello de la confesión [...] El encontrar tales vislumbres en los asesinos lo tengo yo por oficio propio. Y ahora, venga usted al pueblo, y haga usted lo que quiera, que es usted tan libre como el viento; porque yo ya he dicho mi última palabra<sup>18</sup>.

Chesterton vuelve a poner sobre la mesa los dos temas: la miseria del hombre («soy un hombre, y por eso todos los diablos residen en mi corazón»), y el camino de la misericordia, que Dios nos ofrece especialmente por medio del sacramento de la penitencia. El “oficio propio” del P. Brown es mostrar al criminal el “vislumbre” de la misericordia, que es el dedo de Dios tocando las miserias de nuestro corazón para curarlo. Chesterton nos ayuda a recordar que todos los hombres somos pecadores. También los

---

<sup>18</sup> G.K. CHESTERTON, *The Innocence of Father Brown*, 191. El título original de este capítulo es “*The Hammer of God*”. La traducción del fragmento al español es mía.

santos. Pero sin olvidar que, con la ayuda del cielo, todos los pecadores estamos llamados a ser santos. Todos los santos han tenido un pasado y todos los pecadores tienen un futuro por delante.

El pecado destruye, y especialmente por dentro. Hace a las personas más cerradas, más calculadoras y de miras cortas. El perdón y la misericordia devuelven al pecador la generosidad y la amplitud de visión. Le dan mayor comprensión del mundo y de los hombres. Según analiza Dale Ahlquist, uno de los mayores expertos en la obra de Chesterton, el P. Brown nos muestra que la mayoría de nosotros perdonamos sólo los pecados que no pensamos que sean pecados. El P. Brown no comparte esta opinión tan cómoda... Antes del perdón viene el triste descubrimiento del pecado y de la miseria. Y esto no es cómodo ni agradable. Ver el arrepentimiento y el perdón del pecador devuelve al P. Brown la alegría sencilla que el pecado y el crimen habían convertido en seriedad o turbación. Cuando leemos una novela de detectives, esperamos que el delincuente sea atrapado y castigado. Lo que el P. Brown quiere rescatar su alma. Cuando un personaje protesta ante el sacerdote: «¡Pero él es un ladrón convencido!», el pequeño clérigo le recuerda amablemente, que fue un ladrón convencido la única persona en este mundo que escuchó estas palabras de Jesucristo: «Hoy estarás Conmigo en el Paraíso»<sup>19</sup>.

Aunque sea brevemente, no podemos dejar de considerar otra parte fundamental de su obra y pensamiento. En lo que podríamos llamar su actividad política y social, especialmente en el así llamado “distributismo”, encontramos también el aroma evangélico de la misericordia. No es casualidad que la doctrina social de la Iglesia, promovida por la *Rerum Novarum* de León XIII, haya sido una de las principales fuentes inspiradoras de la labor intelectual y social de Chesterton en este campo. Los abusos del capitalismo salvaje y del socialismo que ya en ese entonces reinaban en Inglaterra y media Europa, así como los totalitarismos nazista y comunista —que Chesterton combatió activamente con la pluma— le llevaron a buscar una solución basada en la centralidad de la persona.

El hombre, hasta el más pequeño e insignificante e incluso el más degradado, posee una dignidad inviolable. Esta dignidad le viene de una autoridad superior, la del Dios que se ha encarnado y que ha revestido la naturaleza humana de un honor que jamás seremos capaces de apreciar como es debido. El misterio de la Encarnación, y los principios de la doctrina so-

---

<sup>19</sup> Cfr., D. AHLQUIST, <http://www.chesterton.org/lecture-52/> *The Secret of Father Brown*, 2014 AMERICAN CHESTERTON SOCIETY [consultado el 26-4-2016].

cial cristiana, penetran todos sus escritos en este ámbito. En el fondo, el poder de sus argumentos no reside en la exposición brillante de sus ensayos<sup>20</sup>, su fina ironía y el magistral uso de la paradoja. Es la fuerza de la misericordia de un Dios que reviste de dignidad a cada persona – y por tanto a la familia, y a la sociedad, formada por personas – la que le lleva a buscar soluciones cristianas y de “sentido común” a los abusos de un mundo desorientado<sup>21</sup>. No se trata de una ilusión o de un tratamiento romántico del hombre común por parte de Chesterton: su creencia en un orden social con fundamentos cristianos viene de la convicción de la sacralidad real del hombre, que deriva directamente de la Encarnación. En su fantástica biografía de Santo Tomás, escribe que la Encarnación «se ha convertido en la idea central de nuestra civilización»<sup>22</sup>. Al padre Ian Boyd, otro gran experto en la obra de Chesterton, le gusta repetir una cita del P. Brown: «El primer efecto de no creer en Dios, es que usted pierde su sentido común y no puede ver las cosas como son. Y todo porque le asustan cuatro palabras: Él se hizo hombre»<sup>23</sup>. La filosofía social de Chesterton está por tanto también impregnada de este sentido de misericordia: de una condición de miseria y debilidad, somos tocados por un Dios que se hace como nosotros, que abraza nuestra miseria para elevarnos. El cristiano tiene que pensar según categorías superiores, sobrenaturales. Tiene que usar su cerebro para ver la bondad oculta de la humanidad, para ver a Dios en la humanidad. También en su debilidad. Porque es en ella y así como Dios manifiesta su misericordia.

La confianza en la naturaleza humana no es la de un populista sentimental que idealiza a la gente corriente, sino la convicción religiosa de un teólogo que comprende que las vidas de las personas ordinarias son sagradas porque son recreaciones místicas de la historia del Evangelio, y que cada

<sup>20</sup> Que son innumerables... Al día de hoy sólo una pequeña parte ha sido publicada.

<sup>21</sup> Algunos títulos de sus obras publicadas en español con esta temática son: “*Los límites de la cordura*”, “*La utopía capitalista y otros ensayos*”, “*Lo que está mal en el mundo*”. Además de muchos artículos en diversos periódicos – muchos de los cuales, como he mencionado arriba, ni siquiera han sido aún publicados -. Para más información sobre esta temática es un buen referente: D. SADA, *Gilbert Keith Chesterton y el distributismo inglés en el primer tercio del siglo XX*, Fundación Universitaria Española, Madrid 2005.

<sup>22</sup> G.K. CHESTERTON, *Santo Tomás de Aquino*, (Obras completas, vol.IV), Plaza y Janés, Barcelona 1970.

<sup>23</sup> G.K. CHESTERTON, *The Oracle of the Dog*, The incredulity of Father Brown, London, 1966. Citado en «El distributismo y la crisis cultural», conferencia pronunciada el 20-10-2009, en la universidad CEU San Pablo, Madrid.

ser humano, debe ser reverenciado como un signo sacramental del Verbo Encarnado de Dios<sup>24</sup>.

La misericordia de Dios es, por tanto, la caricia amorosa del Dios omnipotente que se abaja hasta la miseria del hombre para tocarla en lo más profundo. Y lo hace de la forma más radical y misteriosa, de la forma más “paradójica” posible. He aquí el misterio de la Encarnación y la Redención de la naturaleza humana caída. Estas son las bases de la teología y la antropología cristianas de Chesterton. Estas verdades tocaron lo más profundo de su alma y le cambiaron la vida. De la oscuridad y la angustia en la total inmanencia y el sinsentido, a la luz y el gozo plenos de la apertura a la verdad y a la eternidad: sólo la ternura eterna de un Dios trascendente y lleno de amor podía ayudarnos a dar este paso. La historia de este Dios que se nos acerca encierra también un secreto. . .

La verdad es que hay un carácter bastante peculiar y propio en la dependencia de esta historia sobre la naturaleza humana. [...] No es algo que haga volver nuestras mentes hacia la grandeza [...]. No es algo que haga volver la cabeza hacia lo externo, hacia esas maravillas que podrían encontrarse en los confines de la tierra. Es más bien algo que nos sorprende desde atrás, de la parte oculta e íntima de nuestro ser, como lo que algunas veces hace inclinar nuestro sentimiento hacia las cosas pequeñas o hacia los pobres. Es algo así como si un hombre hubiera encontrado una habitación interior en el mismo corazón de su propia casa, un lugar que nunca había sospechado, y hubiera visto salir luz de su interior. Es como si encontrara algo en el fondo de su propio corazón que traicioneramente lo atrajera hacia el bien. . .<sup>25</sup>.

Y este algo, este secreto del Dios oculto en lo más profundo de nuestro corazón, y en nuestra pequeñez, es el mismo que encontramos en la vida y en las obras de Chesterton: la misericordia.

---

<sup>24</sup> I. BOYD, «El distributismo y la crisis cultural», conferencia pronunciada el 20-10-2009, en la universidad CEU San Pablo, Madrid.

<sup>25</sup> G.K. CHESTERTON, *El hombre Eterno*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2007, 240.